

IV.

El hombrecillo que un momento antes daba gritos, anunciando á voz en cuello la función á la puerta de la barraca, entró en ella, y con voz chillona dijo que iba á dar comienzo la representación.

—Aïcha, señores y caballeros, Aïcha; *la noble* argelina os bailará primero la danza de Túnez, luego el hermoso Ali el magnífico baile de las kabilas de Zaatcha, y la señorita Kadja, la hija del emir, el baile de las deliciosas hijas de Tánger.

Era tan bella Kadja, que todas las miradas se fijaban en su figura, mientras el *empresario* hablaba de ella; y aún la estaba mirando todo el mundo, cuando al son del cascado piano empezó á bailar la noble Aïcha, bufando como

una foca, y haciendo movimientos parecidos á los del elefante; bailaba y cantaba con voz sofocada, después de haber dado un gemido al ponerse de pie.

Algunos bañistas de Dinard ó de Paramé, que habían entrado en la barraca por curiosidad, se reían de lo lindo, como si se tratase de una exposición bufa propia de las revistas de fin de año, y la vieja Aïcha dejó caer sobre aquellos escépticos una furiosa mirada de sus ojos hinchados, que en otro tiempo debieron ser bellos.

—¡ Ahora le toca á Alí! Vamos, Alí; venga la danza de las kabilas.

Y la pobre Aïcha volvió á caer como un enorme talego sobre los aplastados cojines. Entretanto, el negrazo se retorció dentro de su túnica blanca, ceñida á la cintura por una faja de seda, liada en forma de cuerda. En sus amarillos ojos brillaba una expresión socarrosa, y en sus labios una sonrisa de triunfo, dirigidas una y otra á las mujeres que se tapaban la cara con los abanicos para reír más á sus anchas: al verle, cualquiera le tomara por una muestra de dentista haciendo gestos sobre el torso de un negro de la Porte-Saint-Martin.

Pero Pedro Pomerio nada veía: ni las cómicas contorsiones del bello Alí, ni la alegría de los espectadores que ocupaban los bancos

vecinos, ni el mal humor del *empresario* y del pianista ante la irónica actitud de la gente; sólo tenía ojos para Kadja, para la bella Kadja, cuyas miradas ardientes y voluptuosas no se apartaban de él, al paso que su sonrisa plácida no se borraba de sus labios.

El joven sentía un escalofrío cada vez que la veía sonreír así. Sentía que los oídos le zumbaban, como si aún escuchara el mugido del mar. Llegó casi á olvidar que no estaba solo, y dejó escapar un ¡ay! de gozo, que hizo volver la cabeza á dos ó tres de sus vecinos. Kadja abandonó su lecho de almohadones, y se irguió delante de él, esbelta y airosa como una flor, con los cabellos sueltos, los cuales sacudió con gracia, como si la pesaran demasiado. Tenía en la mano izquierda una pandereta, y con los brazos arqueados sobre la cabeza, golpeaba sobre el parche con la derecha, mientras su cuerpo se agitaba acompasadamente, con flexibilidades de reptil, y de sus labios frescos y rojos salía una canción monótona y extraña, como un canto de amor ó un gemido, como un triste recuerdo ó un romance tierno, al cual hacían coro el negro y la vieja Aïcha, llevando el compás con las palmas, y mezclando de vez en cuando gritos agudos como espolazos: ¡Kadja! ¡Kadja! ¡Aï, Kadja!....

Poco á poco aquel canto plañidero dominó

á Pedro Pomerio , quien , presa de una tristeza enorme , sintióse poseído del deseo de huir. Parecíale que en los ojos de Kadja , siempre fijos en él , había lágrimas , y que en aquella lengua , que él no entendía , quería decirle :

— ¡ Oh ! ¡ Quién será el destinado á venir para librarme ! ¡ Quién me salvará ! ¡ Quién me dará la libertad !

*¡ Kadja ! ¡ Kadja ! ¡ Aï , Kaoudja !*

V.

Aplaudida , aclamada por todo el mundo , se detuvo , y de pie , anhelante , fatigada , con las sonrosadas alas de la nariz hinchadas por el cansancio , saludaba sonriendo , y dando las gracias , sobre todo á aquel mozo de largos cabellos , cuyos ojos azules no se apartaban de la *hija del emir*.

Á su saludo , como si fuera al de una princesa , aquella gente de sombreros redondos y blancas cofias contestaba con respeto , y al mismo tiempo con cierta cortedad.

Las pequeñas moluinas contemplaban los bordados de oro del traje de Kadja , de igual suerte que lo hubieran hecho tratándose del

Prefecto. Á su vez Pedro Pomerio saludaba; pero en su actitud había una decidida adhesión hacia la joven, y gran deseo mezclado con respeto.

—Señoras y caballeros (dijo con su extraña voz el *empresario*). La señorita Kadja va á dar una vuelta por delante de la honorable concurrencia.... Lo que saque de la colecta es para ella. No olvidéis que es la hija del emir de Biskra. Esta señorita no ha tenido hasta ahora necesidad de bailar en público. La generosidad vuestra, espero que le recordará el palacio de su señor padre.

Los parisienses recibieron con socarronería este *speech* pronunciado con acento picaresco. La misma Kadja sonrió. Pero Pedro Pomerio, pálido y tembloroso, sólo pensaba: «¡Pobre muchacha! Nunca, hasta ahora, ha tenido necesidad de bailar en público.»

La joven había bajado del tabladillo, y con la pandereta en la mano recorría los bancos: las monedas de cobre caían con ruido sobre el pergamino, y ella daba las *gracias* en árabe con voz rápida y acento cariñoso.

Por fin llegó á Pedro Pomerio, que, en pie también, lívido, con las rodillas rozando con las de la joven, estaba como petrificado al influjo de aquellos ojos negros que se fijaban en sus azules pupilas. ¡De qué buena gana la

hubiera tomado en brazos y huído con ella de la miserable barraca! Contemplaba sus orejitas sonrosadas como las pechinas que recogía él en otros tiempos en Binic; su naricita, sus mejillas á las cuales una leve pelusa daba transparencia y colores de fruta madura; sus cabellos, que olian como un borguil de heno recién segado.

Sindecir palabra, tembloroso, extático, devoraba con las miradas á aquella hada sin semejante en el mundo: de cerca era infinitamente más bonita que de lejos.

Kadja se echó á reír, y, sin hablar, agitó la pandereta, como diciendo: «Vamos, ¿despacháis ó no?»

—Es verdad. ¡Ellos se lo daban todo!

Pedro revolvió su bolsillo al azar, recogiendo á la vez cobre y plata, todo lo que en él llevaba, y sacando lleno el puño, lo vació en la pandereta.... Resonó el ruido de la plata y el cobre al rebotar sobre el parche. Kadja se puso encarnada, sonrió, miróle, y exclamó:

—¡Oh!....

Y luego dijo en francés, con una vocecita dulce, cariñosa y un poco burlona, como la de una niña:

—¡Ah! ¡Bah! ¿Y el corazón también?

—¿Cómo el corazón?

Pomerio se fijó entonces. Como un gran

pez entre muchos menudos es arrastrado por la red, así él había revuelto con las monedas aquel corazón de piedra de Jersey comprado, no sabía ya si para María Bernen, Ana Plouharn, Juana Houat ó Lelia Gicquel, y con el dinero habíalo dejado sobre la pandereta, sin saberlo. ¡Bah! Jamás estaría mejor colocado el corazón de Jersey que sobre aquel pecho blanco, encima del cual se agitaban, con los movimientos de la joven, los zequíes de su collar, medio oculto entre el descote de su traje de color de oro viejo.

—Sí (repuso Pedro, con los labios pálidos): sí; el corazón también.

Los negros ojos de Kadja lanzaron un relámpago de coquetería, y se entornaron luego de modo extraño. Envolvió al joven en su acariciadora mirada, y con su vocecita infantil, exclamó:

— ¡ Gracias ! ¡ Muchas gracias , caballero !

Ya estaba Kadja lejos del joven, y aún la seguía éste con los ojos. Habíase quedado como si los ojos de la joven le hubiesen petrificado, abrasándole el alma, ebrio por aquel *gracias* encantador. Seguía resonando el ruido del dinero al caer sobre el pergamino de la pandereta, y Pedro pensaba:

—Dadla cuanto queráis, que yo he hecho

más que vosotros. La he regalado un corazón comprado en el bazar de *King-Street*.

Y así y todo, parecíale poco aquel regalo de príncipe, tratándose de la hija de un emir que no siempre había tenido necesidad de bailar delante de las gentes.